

ACTO CUARTO.

LAS VICTIMAS.

ACTO CUARTO.

La misma decoración del primer acto.

ESCENA I.

DON GERONIMO Y MANUEL.

GERONIMO.—Pero á todo esto, ¿cómo logró usted fugarse, sin temor de que le aprehendieran?

MANUEL.—Yo señor, hice lo que cualquiera hubiera hecho....

GERONIMO.—Pero fué muy expuesto....

MANUEL.—Si la tropa estuviera bien organizada, pase; pero como la mayor parte es gente forzada, busca la mejor oportunidad para echar á correr.

GERONIMO.—Bien, ¿pero de qué medio se valió usted para escaparse?

MANUEL.—Estando una noche en el campamento de continela, y viendo que el sueño habia sorprendido á los compañeros que estaban muy fatigados por el cansancio de la larga jornada que hicimos, procuré escaparme. Me llevé el fusil;.... así que estuve lejos del campo, tiré el vestido de soldado; llegué á Huamantla y allí vendí el rifle y con lo que me dieron por él, me compré la ropa que traigo y pagué el tren.

GERONIMO.—Pero esa fué mucha audacia.

MANUEL.—No señor, lo mismo que yo hacen todos los que pueden, y á la verdad que hacen bien.

GERONIMO.—¿Pero no teme usted las penas de la ordenanza?

MANUEL.—No debo temerlas porque está mi conciencia tranquila. Yo no sé con que derecho se me arranca de mi trabajo, se me maltrata y se me ponen los arreos del soldado.

GERONIMO.—Es que nuestras leyes son de lo mas inconveniente en ese punto: necesitan reformas.

MANUEL.—Mientras esas reformas llegan, no es justo que solo los pobres seamos las víctimas. Lo que se hace con nosotros es inquisitorial.

GERONIMO.—En eso tiene usted muchísima razon y es preciso que la prensa eleve su voz....

MANUEL.—Señor, si los del gobierno ni caso les hacen á los periódicos; dicen algo que duela, entonces se les castiga de alguna manera, y eso lo sé porque lo he visto....

GERONIMO.—Pero hombre, algun remedio han de tener tantos males.

MANUEL.—Pues á mí el remedio me parece bastante sencillo.... eso segun mi pobre entender.... yo creo que los hombres trabajadores debemos unirnos y rechazar la fuerza con la fuerza.

GERONIMO.—Siempre han de poder mas los que gobiernan; y ustedes no harian mas que provocar su cólera.

MANUEL.—Será todo lo que usted quiera, pero es muy triste hacer el papel de ovejas que se dejan llevar al matadero; eso es perder hasta la dignidad de hombres.

GERONIMO.—Está usted resuelto, pero siempre puede mas el que tiene la fuerza, y aunque á usted le sobre la razon no han de concedérsela.

MANUEL.—Por eso me llevaron entre filas; yo ví al maestro maltratado por los agentes de policia; la cólera me cegó, quise lanzarme sobre ellos, pero pudieron mas y al fin cargaron conmigo.

GERONIMO.—Esa es una buena accion.

MANUEL.—Yo no hice mas que cumplir con mi deber, tratándose del padre de la que iba á ser mi esposa.

GERONIMO.—Sin embargo no todos se esponen de la misma manera.

MANUEL.—Yo no me espuse gran cosa; fuí llevado con él, y ya ve usted, he logrado escaparme.

GERONIMO.—¿Y el maestro Bernardo?

MANUEL.—No sé que suerte habrá corrido, porque no nos filieron en un mismo batallon; concertar la fuga habria sido casi imposible, y así preferí desertarme, que cuando haya ocasion, creo que él hará otro tanto.

GERONIMO.—Pero él está ya viejo y no tiene el mismo vigor que usted....

MANUEL.—Eso es verdad; pero en los peligros y para conseguir la libertad, hasta los viejos se vuelven jóvenes.

GERONIMO.—Yo estoy trabajando hace muchos dias por salvarle, pero como no tengo influencia con los del gobierno, todo ha sido inútil. Confié en las promesas de Don Ricardo, y ya usted vé, ¿quién lo hubiera creído? se atrevió á proponer eso en cambio de una infamia.

MANUEL.—¡Ah señor! cada vez que me acuerdo, siento que la sangre se me sube á la cabeza.

GERONIMO.—Y no le falta á usted razon. Vamos, si parece increíble. ¿Qué no haya quien tenga buenas acciones si no es guiado por el vil interes? ¡Oh! esto es insoportable.

MANUEL.—Señor, en el mundo hay pocas personas como usted.

GERONIMO.—¿Como yo?

MANUEL.—Si señor, usted es un hombre honrado y su desinteres no tiene límites.

GERONIMO.—Vaya, no hablemos de eso.

MANUEL.—Es que esas dos mugeres agradecidas y con las lágrimas en los ojos, me han dado á conocer su buen corazon; me han dicho cuanto bueno ha hecho usted por ellas.

GERONIMO.—Dejemos eso, que yo he venido aquí para tomar informes de Bernardo, á ver si puedo salvarle de alguna manera.

MANUEL.—Ya usted ve, siempre pensando en hacer beneficios....

GERONIMO.—Hombre lo que yo hago por ese hombre lo haria cualquiera. No hablemos una palabra mas sobre este asunto.

MANUEL.—Pero....

GERONIMO.—Nada, yo quiero buscar otras influencias; ya que la de Don Ricardo me salió mala; y yo que contaba con ella en estas circunstancias! Parece increíble que los hombres hayan de portarse así....

MANUEL.—Como usted es bueno, cree que todos lo son, pero se lleva uno mas desengaños....

GERONIMO.—Sí, es cierto..... se lleva uno desengaños....pero yo no soy bueno; he dicho que no se hable mas de mí.

MANUEL.—Si eso es á usted molesto, no volveré á decir una palabra.

GERONIMO.—Así me gusta.

MANUEL.—¿Y qué deseaba usted saber?

GERONIMO.—¿A qué batallon fué consignado Bernardo?

MANUEL.—Al 12º de infantería.

GERONIMO.—Hacerle caminar á pié y tan viejo.... eso es una inhumanidad.

MANUEL.—Pero el que cae en garras de la leva, ya usted lo sabe, no escapa....

GERONIMO.—Voy á informarme quienes son los gefes de ese cuerpo, á ver si de esa manera.... buscando influencias para ellos, logro que pueda volver á su casa, donde su presencia vendrá á mitigar el dolor que la nubla con el negro manto de la tristeza.

MANUEL.—Nuestras bendiciones son poco premio para un corazon tan generoso.

GERONIMO.—Que generoso ni que.... déjese usted de esas cosas.

MANUEL.—Si logra usted volver ese hombre á esta casa, con cuanta alegría recibirán la esposa y la hija una noticia tan agradable.

GERONIMO.—En fin voy á ver lo que hago por ellos.... ¡Ah! y será bueno que usted se oculte.

MANUEL.—No creo que me hayan de prender, pero ya me pondré en salvo.

GERONIMO.—No hay que tener confianza. Quien sabe lo que suceda. Hasta otra vista. (*se vá*)

MANUEL.—Hasta luego.

ESCENA II.

MANUEL Y PAULA.

PAULA.—¿Se fué ya el señor Licenciado?

MANUEL.—Sí, acaba de irse ese hombre que ha sido la providencia que Dios ha puesto en nuestro camino.....

PAULA.—Tiene un corazon excelente.

MANUEL.—Sí, es uno de aquellos hombres que inspiran respeto, y veneracion y yo no sé qué; pero es un buen hombre.

PAULA.—Si lo hubieras visto en nuestros momentos mas tristes, parecia que adivinaba nuestros pensamientos...

MANUEL.—¿Qué hombre tan generoso!

PAULA.... Sí, no se parece á su amigo..... que no hacía beneficios sino á costa de lo que es imposible.....

MANUEL.—Calla... no vuelvas á hablarme de ese hombre que me irritó de un modo que desearia buscarle para aplicarle el mas duro castigo.

PAULA.—Lo mejor es despreciarle.

MANUEL.—¿Y tu madre?

PAULA.—Con la desvelada de anoche y con el pesar de mi hermana, se puso algo mala; la hice que se acostara y se ha quedado dormida.

MANUEL.—¡Pobre señora! ¡Cuánto ha tenido que sufrir y todo por esa gente que como está muy arriba no se digna ver las miserias de los que están abajo... de aquellos que comen el pan mojado con lágrimas y que mezclan sus mas grandes alegrías con sus mas atroces dolores.

PAULA.—Y es verdad..... ya ves, ahora estoy contenta porque te ves sano y salvo, pero cuando mas satisfecha me creo, me asalta el recuerdo de mi padre á quien me parece ver en graves peligros;..... me atormenta la memoria de mi hermana y si me quiero sonreír de alegría, las

lágrimas se asoman á mis ojos y lloro porque no puedo más que llorar.

MANUEL.—Tienes razon..... los pobres no podemos tener una dicha completa..... ese es nuestro destino.

PAULA.—¿Y qué hemos de hacer?

MANUEL.—Nada claro está; conformarnos con nuestra desgraciada suerte y buscar en otra parte alivio á nuestros males..... (pausa.)

PAULA.—¿Te acordabas de mí?

MANUEL.—¿Y me lo preguntas? Mira, á todas horas te estaba mirando; en el campamento, á la hora de la marcha..... si, á todas horas te veía como ahora te veo.

PAULA.—¿Qué bueno eres!

MANUEL.—¿Y tú estabas triste por mí?

PAULA.—Vaya y bien que lo estaba. Figúrate que nunca dejé de pedir á Dios que me permitiera volverte á ver y al fin ya me lo quiso conceder.

MANUEL.—No debemos, pues, quejarnos del todo, porque en medio de nuestras desgracias, siempre hay algún rayo de felicidad.

PAULA.—Pero es tan poco lo que se siente una feliz....

MANUEL.—Vaya no te quejes ahora que estoy cerca de tí.

PAULA.—Tienes razon; ahora no debo quejarme de mi suerte, porque Dios me ha permitido á lo menos que te vea otra vez.

MANUEL.—Es necesario que tú y yo procuremos consolar á tu pobre madre que tanto ha llorado por las injusticias de los hombres.

PAULA.—Es cierto; debemos nosotros consolar á mi madre en estos momentos en que son tan grandes sus pesares.

MANUEL.—Pero será bueno que tú descanses..... parece que has trabajado mucho y puedes enfermarte; te veo algo pálida..... ¡vaya! es justo que te cuides.

PAULA.—Te aseguro que no me siento mal.

MANUEL.—Con todo, no será mala que vayas á dormir un poco.....

PAULA.—Es inútil.

ESCENA III.

DICHOS Y JUANA.

JUANA.—¿Están ustedes aquí?

MANUEL.—¿Por qué no ha seguido usted descansando que bien lo necesita?

PAULA.—Si madre; vaya usted á dormir.

JUANA.—No hija; he tenido unas pesadillas tan horribles!.....

PAULA.—Ha de ser por la debilidad; casi no ha querido probar alimento en todo el día.

MANUEL.—Eso no está bueno es preciso que se euide un poco mas.

PAULA.—Si, madre; tome usted algo aunque pobrememente, todavía hay una tasa de leche para usted.

JUANA.—Es para tí hija; tú estás mas débil yo tengo todavía fuerzas, y creo que los pesares me alimentan.....

PAULA.—¡Madre!

JUANA.—Tú eres la que debes ir á descansar; tú que por cuidarme te has maltrado tanto.....

MANUEL.—Eso mismo precisamente le decia hace poco.

PAULA.—Me siento bien.....

JUANA.—Obedece hija..... yo descansé un poco; tú no has dormido; ve á reposar.

MANUEL.—Sí, es necesario.

PAULA.—Iré porque ustedes me lo piden. (Se va.)

ESCENA IV.

JUANA Y MANUEL.

MANUEL.—Señora, en estos momentos en que hablamos solos, creo que debemos hablar con franqueza de asuntos que nos interesan.

JUANA.—Puede usted hablar.....

MANUEL.—Pero ¿promete usted decirme la verdad; lo que sienta?

JUANA.—¿Por qué me hace usted esta pregunta?

MANUEL.—Por nada; yo deseo saber si está usted dispuesta á hablarme con toda sinceridad.

JUANA.—Sí.

MANUEL.—Pues entonces quiero que usted me diga si aprueba mi casamiento con Paula....

JUANA.—Mi marido lo aprobó..... ella lo quiere.....

MANUEL.—Esa no es una respuesta. ¿Usted quiere que se haga ese casamiento?

JUANA.—La verdad, antes no lo hubiera querido, pero hoy que veo su buena conducta, aunque sienta mucho la separacion de mi hija, consiento en todo.

MANUEL.—Digo á usted esto, porque ya es preciso arreglar todo seriamente. Su esposo ha sido plagiado por los agentes del poder y ustedes han quedado sin mas auxilio que el de ese hombre benéfico..... á quien no me cansaré de bendecir.....

JUANA.—Sí..... pero.....

MANUEL.—Mientras su marido de usted no vuelva, no tendrán ustedes quien las atienda..... Solo yo, pero las gentes que de todo, hablan lo tomarán á mal y para que eso no sea, quiero que cuanto antes esté Paula casada conmigo..... así podré protegerlas delante de todo el mundo. ¿Usted lo aprueba?

JUANA.—Sí; y mal haria en negarme á la felicidad de mi hija, ya que yo soy tan desgraciada.

MANUEL.—Yo le prometo á usted que Paula no se separará nunca de su lado.

JUANA.—¡Ah! qué bueno es usted.

MANUEL.—No señora, yo soy solo en el mundo y me sostengo con mi trabajo; formaremos una sola familia y hoy con abundancia..... mañana con escaseces, pero en fin, podremos pasarla.

JUANA.—Dios le ha de pagar ese modo de obrar y sus hijos harán esto mismo con usted.

MANUEL.—Puesto que vd. consiente y ya que están

leidas las amonestaciones, iré á ver al cura y á ver si en esta semana, á mas tardar, queda todo arreglado.

JUANA.—Está usted en entera libertad para obrar de la manera que guste.

ESCENA V.

DICHOS Y PAULA.

JUANA.—¿No vas todavía á descansar?

MANUEL.—¿Por qué no obedeces á lo se te manda por tu bien

PAULA.—Es que no tengo sueño; la noche se acerca y ya descansaré mejor.

JUANA.—Pero eso no está bueno.

PAULA.—¡Ah! madre, no se enoje usted por eso.

MANUEL.—Pero tú estás empeñada en hacerte mal.

PAULA.—No; yo fui á preparar el alimento; ustedes no han tomado nada; (á Manuel) tú debes venir muy fatigado y es preciso que tomes alguna cosa.

MANUEL.—No; yo me siento perfectamente; he comido en el camino; vayan ustedes, que aquí las espero.

JUANA.—No tardamos en volver.

PAULA.—Vamos, madre. (Se van.)

ESCENA VI.

MANUEL.

MANUEL.—¡Pobre Paula! ¡Tan jóven y tan llena de sufrimientos! De buena gana haria yo algo por su felicidad, si tuviera en mis manos los elementos que para eso se necesitan.

ESCENA VII.

MANUEL Y EDUARDO.

EDUARDO.—¿Cómo vamos? ¿No está por aquí el Licenciado?

MANUEL.—¿El Señor D. Gerónimo?

EDUARDO.—El mismo.

MANUEL.—Estuvo aquí no hace mucho, pero se fué....

EDUARDO.—Nada; si desde que ese hombre se ha metido á redentor de pobres es imposible dar con él.

MANUEL.—Tal vez esté en su casa.

EDUARDO.—¿Qué ha de estar! Si ya fuí á buscarle y no le hallé.

MANUEL.—¿Le necesitaba usted para algun asunto de urgencia?

EDUARDO.—¡Vaya si es de urgencia! Se lo dije; sino toma usted medidas prontas y enérgicas, vamos á perder la deuda y así ha sucedido.

MANUEL.—¿Qué deuda?

EDUARDO.—No es cosa que á usted le importe nada.

MANUEL.—¿Cómo! á mí me habla usted.

EDUARDO.—Si; pero es porque le he encontrado á usted en esta casa. Pues señor, yo no sé quién me responderá de esa deuda.

MANUEL.—¿Por qué?

EDUARDO.—Ya he dicho que eso no le interesa á usted.

MANUEL.—Entonces tenga usted la bondad de no dirigirme la palabra; porque de lo contrario me verá obligado á responderle.

EDUARDO.—Pues ha de saber.....

MANUEL.—¿A mí se dirige usted?...

EDUARDO.—Sí hombre, á usted; no he de hablar solo como los locos. El artesano que vivía en esta casa fué tomado de leva...

MANUEL.—Eso ya lo sé.

EDUARDO.—Y me debe mas de dos meses de renta.....

MANUEL.—¿Y qué?

EDUARDO.—Pero no es eso solo, sino que ese hombre ha muerto.

MANUEL.—¿Ha muerto? ¿Cómo lo sabe usted? No; es imposible.

EDUARDO.—Cuando digo que ha muerto es porque sabido lo tengo.

MANUEL.—Pero, ¿quién ha podido darle tales informes?

EDUARDO.—Se interesa usted mucho á lo que me parece.....

MANUEL.—Sí, señor. Tenga usted la bondad de decirme cómo ha sabido esas noticias; yo se lo ruego á usted.

EDUARDO.—Acaba de llegar uno de los dispersos del batallon número 12.

MANUEL.—El mismo en que él estaba.

EDUARDO.—Y dice que hace cinco dias se libró una batalla sangrienta en que los dos partidos contendientes perdieron muchos soldados y es el caso que el maestro Bernardo fué uno de los que murieron.....

MANUEL.—¿Dios mío! ¿Pero está usted seguro de ello?

EDUARDO.—Ese disperso me dijo que él habia sido su amigo y que murió en sus brazos; recomendándole que buscara á un tal Manuel Hernández, y le encomendara á su familia.

MANUEL.—Ese soy yo.....

EDUARDO.—Entonces usted podrá pagarme la cuenta...

MANUEL.—(Viene á insultar mi desgracia.) Sí, hombre, yo la pagaré.

EDUARDO.—Pero yo no quiero conformarme con promesas.

MANUEL.—Es que ahora no puedo dar á usted otra cosa.

EDUARDO.—Voy entonces á buscar al licenciado (*se vá.*)

ESCENA VIII.

MANUEL.

MANUEL.—¿Ha muerto! Y su familia abandonada. No; que Dios me ha dado fuerzas para trabajar. Si ha perdido

un padre mi pobre Paula, en mí hallará un buen marido.
(Pausa.)

¿Pero cómo les digo tamaña desgracia? ¡Oh! Yo siento que me falta el valor para decirlo.

ESCENA IX.

MANUEL Y UN AGENTE DE POLICIA.

AGENTE.—¿Está aquí un individuo que se llama Manuel Hernandez?

MANUEL.—Yo soy. ¿Qué se ofrece?

AGENTE.—Que tengo orden para aprehender á usted, por desertor y por haber querido asesinar á una persona en esta casa.

MANUEL.—¿Yo?

AGENTE.—Sí, usted; pero basta de contemplaciones: vamos y allá se arreglará con el juez.

MANUEL.—Pero si yo no he cometido ningun crimen.

AGENTE.—(Sacando el marrazo.) Vamos; calle y obediencia.

MANUEL.—¡Amenazas! El cordero se convierte en leon.
(Toma las herramientas de zapatero y se va sobre el agente.)

ESCENA X.

DICHOS Y RICARDO.

MANUEL.—Ahora todo lo comprendo. Usted es el delator, el infame que me lleva ante la justicia.

RICARDO.—Silencio; ya pagará usted en el consejo de guerra su culpa como desertor, y ante el juez de lo criminal su crimen por haber querido asesinarme.

AGENTE.—Camine.

MANUEL.—¡Miserables! Primero me sacarán de aquí muerto. Aun tengo fuerzas para defenderme de los villanos como ustedes. (Quiere lanzarse sobre ellos.)

ESCENA XI.

DICHOS, JUANA, PAULA Y AGENTES
DE POLICIA.

AGENTE.—Adentro (Entran los de policía y sujetan á Manuel.)

MANUEL.—Atrás, bandidos.

PAULA.—¿Qué pasa? (viendo á Ricardo.) ¡Dios mio! él aquí.

JUANA.—¿Qué sucede?

RICARDO.—Nada; esos señores vienen á llevarse á este criminal.

MANUEL.—¡Ah! villanos. Así me ultrajarán ustedes, cobardes. Solo por la fuerza podrán vencerme. (Se lo llevan.)

ESCENA XII.

PAULA, JUANA Y RICARDO.

RICARDO.—Tranquílense ustedes. Eso no es nada.

JUANA.—¿Y es posible que así se nos ofenda?

PAULA.—Usted tiene la culpa de todo esto.

RICARDO.—(En voz baja.) En mi mano está salvarle; ¿quiere usted acceder á mis ruegos? ¿No? ¡Ah! verá usted morir á ese hombre por su egoismo.

PAULA.—Sí; agregue usted el insulto á la infamia.

RICARDO.—Calle usted, niña; no hay para que hacer tanto alboroto.

JUANA.—Tenga usted la bondad de dejarnos con nuestra miseria..... no pedimos..... ni queremos su protección.

RICARDO.—Así es el mundo; hace uno beneficios, y se le paga de este modo.

PAULA.—Señor, no vuelva usted mas á vernos.

RICARDO.—Por última vez, ¿quiere usted venir conmigo?

PAULA.—No.

RICARDO.—De eso depende la salvacion de su amante...

PAULA.—Nunca;..... madre, este hombre me hace mal.

JUANA.—Si usted toca á mi hija, seria capaz de matarle.

RICARDO.—Señora, usted está loca.

ESCENA XIII.

DICHOS Y GERONIMO.

GERONIMO.—He prohibido á usted poner los piés en esta casa, y va usted á salir en el acto.

RICARDO.—¿Con qué derecho?

GERONIMO.—No alce usted la voz, y obedezca.

RICARDO.—(Ya me la pagará.) [*se va.*]

PAULA.—Señor.....

JUANA.—¿Qué noble es usted!

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS RICARDO.

GERONIMO.—Es preciso que Manuel se oculte en el acto; ha sido denunciado por ese infame de Ricardo, y han de venir á aprehenderle.

PAULA.—Si acaban de llevárselo.

GERONIMO.—¿Oh! ya no hay remedio.

JUANA.—Estamos solas en el mundo.

GERONIMO.—¿Oh! cuenten ustedes con mi proteccion. Yo defenderé á Manuel ante la justicia. ¡Pobre muchacho!

PAULA.—Es usted el mas noble y generoso de los hombres.

GERONIMO.—Déjese usted de eso.

ESCENA XV.

DICHOS Y EDUARDO.

EDUARDO.—¿No se lo dije á usted? Ha muerto el maestro Bernardo.

GERONIMO.—¿Cómo!

PAULA.—¿Virgen Santa!

JUANA.—¿Ha muerto?

EDUARDO.—Me lo ha dicho un compañero suyo que lo vió morir.

GERONIMO.—Es usted un imbécil. (*La madre y la hija se abrazan llorando.*)

JUANA.—Esta desgracia nos faltaba.

PAULA.—Solas en el mundo, ¿qué haremos?

GERONIMO.—Gobierno que te llamas republicano, ¡HE AQUI TUS VICTIMAS!

FIN.

PQ
B5